



SÍNTESIS DE REUNIÓN DEL SÍNODO:

Región CAMEX
(Centroamérica y México)



DIEZ DIMENSIONES DEL CAMINO SINODAL

RESUMEN

El presente documento corresponde a la zona CAMEX, compuesta por Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras, México y Panamá.

De la lectura de las síntesis nacionales, se pone de relieve la necesidad de ser escuchados por parte de distintos actores: jóvenes, mujeres, niños/as, pobres, y también con los alejados de la iglesia. El Sínodo abrió un espacio para muchas personas de sentirse oídos, que agradecen, y que también los sorprende. Entre las mayores dificultades son señalan está el aceptar la opinión de los otros, el clericalismo y el autoritarismo, pero desde esos mismos conflictos se valoran los liderazgos integrales y los modelos que se pueden seguir.

En relación con la vida celebrativa se evidencia la centralidad de la Eucaristía, pero preocupa la disminución en la participación y por el “*consumo de sacramentos*”. Por otra parte, se plantea el desafío al desarrollo de celebraciones en las lenguas originarias, como un modo de acercar y acercarse a las comunidades indígenas.

En materia de diálogo, a nivel social se hacen presente las tensiones sociopolíticas que han generado polarización en los países de la zona, donde se ve difícil hablar públicamente por temor a las represalias que pueda representar. Sin embargo, en varios lugares la voz de los obispos es escuchada. El temor al diálogo es mencionado en todas las dimensiones trabajadas, así como la necesidad de formación en la propia fe a para salir al encuentro del otro.

Otro elemento importante es la preocupación por integrar a la vida religiosa y a los laicos en la toma de decisiones. Esto permitiría asumir más colegiadamente las responsabilidades en un contexto donde los (pocos) laicos comprometidos se encuentran sobrecargados de exigencias.

Por último, esta fase del proceso sinodal ha mostrado desafíos importantes, pero es valorada en cuanto permite sentirse comunidad plural y si bien se ve con entusiasmo su aplicación, también hay temor de que el trabajo no tenga una bajada a la realidad.

1. COMPAÑEROS DE VIAJE

Caminar juntos es mirar y escuchar a quienes van y los que estuvieron con nosotros. Parte del camino es memoria agradecida por su testimonio con su vida: “somos una Iglesia que ha sido regada con la sangre de los mártires”¹. Si bien no se planteó de la misma manera en todas las síntesis, se coincide en que *caminar juntos* es buscar en comunidad “el querer de Dios; para todos los que han participado en la realización de este trabajo ha significado un re-aprendizaje o un cambio de mentalidades, un cambio de relaciones y de dinámicas comunicativas, tanto en nuestras estructuras eclesiales como en la mentalidad de cada uno de los fieles”².

El camino no está exento de dificultades, hay obstáculos como la falta de interés -de sacerdotes y comunidades- y trabas como el “abuso de poder, (la) falta de testimonio y el trabajo en equipo de sacerdotes y laicos (...) las diferencias ideológicas (... el) egoísmo y problemas de moral”³. Sin embargo, pese a ello, se plantea con decisión que “el estilo sinodal ha llegado para quedarse (... que) la sinodalidad ha de estar presente de una forma consciente en el modo de realizar la pastoral diocesana”⁴.

Al ver a los compañeros de viaje surge la certeza de “no estar solos, de formar parte del Pueblo de Dios”⁵, compuesto “por una riqueza y pluralidad de personas y comunidades, con distintas sensibilidades, opiniones, preocupaciones y experiencias”⁶. Lo que más se valora del proceso sinodal es sentirse comunidad plural, libres para expresarse y ser escuchados compartiendo inquietudes, deseos, dificultades, dudas.

La mirada sobre *quienes somos los que caminamos* se posa sobre “quienes han tenido una experiencia de encuentro profundo con el Señor, por tanto, son estos hermanos quienes entienden que la Iglesia es espacio de comunión”⁷. Pero se reconoce que hay personas que se han alejado y que existen riesgos, como el individualismo, que merman la vida en comunidad y el llamado a caminar juntos entre fieles y consagrados. En este sentido, se señala a “los que siembran la división y la cizaña, los que se esconden en las redes sociales (...). Igualmente, quienes por ideologías políticas han preferido tomar distancia. Y con frecuencia se encuentran muchos cristianos anónimos que viven su religiosidad de forma individual”⁸.

1 Guatemala, p. 2

2 Honduras, p. 3

3 El Salvador, p. 2

4 El Salvador, p. 2

5 México, p. 3

6 Panamá, P. 2

7 Nicaragua, p. 2

8 Nicaragua, p. 2

Los límites se amplían para los que no pudieron -o no quisieron- llegar y en ellos se abre más la pluralidad: “afrodescendientes, pobres, inmigrantes, laicos indiferentes, indígenas, grupos con preferencias sexuales diversas, indigentes, alcohólicos y drogadictos, los que piensan diferente o no se han sentido motivados, (las) personas con capacidades diferentes, (los) tipos distintos de familias (parejas en unión de hecho, divorciados entre otros), niños y jóvenes, mujeres, enfermos, privados de libertad, personas vulnerables, hogares de adultos mayores, adultos mayores en condición de abandono y soledad profunda y víctimas de abuso”⁹. Si bien hay atención y trabajo con y hacia ellos, se percibe que no siempre son escuchados.

También hay alegría por “observar a niños, jóvenes, ancianos sentirse parte de una Iglesia viva”¹⁰, por “los procesos sinodales en las comunidades fronterizas, donde participaron inmigrantes”¹¹, y por la presencia de más mujeres; o al constatar “el acompañamiento de los pueblos originarios y garífunas”¹²; se reitera la necesidad de acompañarlos desde “una actitud compasiva, empática, con el otro y vivir lo que el Evangelio nos muestra”¹³.

El caminar juntos se realiza en diferentes instancias y en él se destacan varios elementos que aportan ¹⁴:

- la elaboración de planes pastorales en la Asamblea Eclesial de América Latina y el Caribe,
- el interés de la feligresía frente al estilo sinodal,
- el aprendizaje de trabajar en equipo, en espacios donde todos son acogidos y valorados.

Lo anterior es fruto de un proceso colaborativo de pastores y laicos con sentido de corresponsabilidad eclesial (en consejos de pastoral, asambleas parroquiales y diocesanas, planes pastorales; en grupos, movimientos, asociaciones y hermandades; en la variada presencia y participación de los agentes pastorales: obispos, sacerdotes, laicos/as, jóvenes, niños, matrimonios, etc.

En las síntesis se señala que la experiencia sinodal ha permitido reconocer que no se camina aisladamente ni en solitario, pero se debe poner atención a quienes van

9 Costa Rica, p. 2

10 Panamá, p. 4

11 Panamá, p. 3

12 Nicaragua, p. 7

13 Costa Rica, p. 2

14 Cf. Costa Rica, p. 1

quedando en el camino, hacia ellos se debe promover una atención más inclusiva, donde todos sean acogidos desde su condición y dignidad.

2. ESCUCHA

En todas las síntesis la palabra más mencionada es *escuchar*. Es una necesidad por su ausencia que, paradójicamente, se hace más evidente en su presencia, por ejemplo, en el proceso sinodal¹⁵. Existe un sentimiento de gratitud, un “renacer de la esperanza, en muchos agentes de pastoral y laicos, gracias a la apertura por parte de la jerarquía de la Iglesia a este diálogo”¹⁶ y también una “alegría y sorpresa de muchas personas al sentirse escuchados, consultados y poder participar de la vida de la Iglesia”¹⁷.

Podemos pensar en varias capas o niveles de ausencia/presencia o cambio¹⁸:

- por un lado, en ocasiones prima la *no escucha* y grupos de personas se alejan por esta causa, como los jóvenes.
- Por otro lado, se agradece la posibilidad de ser escuchados, pero se da cuenta de la sorpresa de serlo.
- Escucha + diálogo + discernimiento es una incógnita. Existe la posibilidad de ser escuchados, pero el mayor temor es que lo conversado no tenga ninguna bajada a la realidad, en este aspecto se menciona cierta desconfianza sobre los frutos que podrían originarse en este trabajo sinodal “en torno a que las aportaciones llegaran realmente a ser escuchadas, discernidas e incorporadas”¹⁹.

Se valora el trabajo en clave de “*espiritualidad de comunión*” que favorece el diálogo. Asimismo, el convertir el espacio digital -de manera constante y sistemática- en instrumento de escucha. “Algunas comunidades, a nivel práctico, han instrumentado formalmente ‘espacios digitales’ para la escucha permanente, lo que favorece sintonizar el ritmo al caminar”²⁰.

15 Cf. El Salvador, p. 8-9

16 Honduras, p. 11

17 Panamá, p. 4

18 Cf. Honduras, Introducción

19 Honduras, p. 1

20 México, p. 3

Valorar no es desconocer las dificultades del proceso, tanto entre quienes contaban con espacios más abiertos a la escucha como entre quienes no los tenían. Uno de los obstáculos fue la percepción de una Iglesia dividida entre jerarquía y pueblo en la que “muchas veces los sacerdotes no escuchan el clamor del pueblo”²¹. El Sínodo abrió un espacio, pero se lamenta que “hay sacerdotes y laicos que no se han motivado a participar”²². Otra preocupación es la baja participación de laicos porque algunos ven a la Iglesia solo como un espacio de súplica ante hechos puntuales²³.

Pese a lo anterior se valora que en ciertos lugares participaron los que están alejados, entre ellos, creyentes eventuales y quienes viven al margen de lo religioso²⁴. El proceso diocesano implicó abrirse a otras realidades y permitió darse cuenta de que la gente quiere hablar: “Los jóvenes, niños y las niñas quieren ser escuchados” pero hay poca “tolerancia e interés para aceptar la opinión diferente de los demás, falta comprensión, diálogo, saber valorar a las personas”²⁵. Asimismo, “casi de forma unánime se percibió la necesidad de valorar más la participación de los ‘fieles laicos’ (sobre todo de ‘las mujeres’)”²⁶. La presencia de ellas, su voz, su aporte son elementos que están presentes en todas las dimensiones o ejes trabajados.

Aun cuando se hizo el esfuerzo de escuchar a los más pobres, se identifican otros grupos a quienes cuesta más poner atención: “los adultos mayores y los jóvenes; a divorciados vueltos a casar y parejas que viven en unión libre; a madres y padres solteros; a familias disfuncionales; a los que han sufrido experiencias negativas de abuso sexual; a colectivos minoritarios (LGBT y otros); a víctimas en general de secuestros y desapariciones forzadas; a maestros y capacitadores; a periodistas y comunicadores; industriales y comerciantes; policías y soldados; políticos y profesionistas; discapacitados, adictos, migrantes, indígenas, indigentes”²⁷. Un grupo amplio y diverso quedó fuera del proceso, a modo de ejemplo, se señala el esfuerzo que se requirió en áreas rurales que se han sentido marginadas por mucho tiempo²⁸.

Detrás de cada una de estas posturas emerge un grito... los jóvenes piden atención, “muchos de ellos viven en hogares desintegrados y anhelan ver en la Iglesia un lugar de acogida, de armonía y esperanza; desde este drama, lanzan un clamor y un grito de protesta pues en una periferia escuchada, un grupo de ellos afirmó que no

21 Panamá, p. 6

22 Nicaragua, p. 2

23 CF. México, p. 4

24 Cf. Panamá, p. 7

25 Nicaragua, p. 2

26 México, p. 3

27 México, p. 4

28 Panamá, p. 4

quieren saber nada de la Iglesia, la consideran como una institución obsoleta, poco actualizada. Culpan a Dios de sus problemas, heridas, pérdida de seres queridos, pobreza”²⁹. Es reiterado el llamado a que “la Iglesia debe abrir espacios para que los jóvenes puedan expresarse con valentía, haciéndoles saber que su opinión es importante”; y a los que son distintos “se debe rescatar la presencia de la Iglesia como madre que acoge, cura, corrige en la caridad y ama en la gratuidad, devolviendo la dignidad de sus hijos”³⁰.

Frente al clamor, el prestar atención debe ser “una actitud propia y permanente de la Iglesia”. Esto no siempre sucede. Algunos perciben que la “Iglesia que no está preparada” y que se mantiene en deuda, precisamente con las poblaciones alejadas del ámbito eclesial, de quienes sufren, a quienes se quiere transmitir la alegría de ser creyentes³¹.

Como espacios de diálogo intraeclesiales se señalan las asambleas eclesiales, los consejos diocesanos y parroquiales. En ellos, si bien se reconocen potencialidades, también se constatan dificultades como la integración más plena de las congregaciones y comunidades religiosas que, en ocasiones, queda fuera de los planes pastorales y de los espacios de diálogo. Su aporte en el proceso sinodal fue “de gran valor; se han integrado y comprometido, desde el servicio y el carisma propio, en las Diócesis y las parroquias”³².

La escucha se caracteriza por la horizontalidad: requiere superar la visión de verticalidad de los mensajes, esta es una “debilidad en la comunicación institucional, los mensajes se quedan en los consejos y otras estructuras y no llegan a todos los fieles. Podría ser que no se habla con claridad y la respuesta pastoral no llega como en el pasado”³³...

La escucha se caracteriza por la cercanía: es más fácil escuchar de cerca: “escuchamos a los que integran los círculos más cercanos: comisiones de pastoral, comunidades, líderes de grupos con quienes se desarrolla la actividad evangelizadora”³⁴ que a quienes están más lejos donde también “hay personas con un profundo sentido de Dios, que lo necesitan y desean encontrarlo”³⁵.

29 Guatemala, p. 6

30 Costa Rica, p. 11

31 Cf. Costa Rica, p. 2-3

32 Honduras, p. 2

33 El Salvador, p. 3

34 Guatemala, p. 2

35 Guatemala, p. 7

Finalmente se expresa preocupación por, a lo menos, dos consecuencias de la *no escucha*; una es “la escasa incidencia en la transmisión de la experiencia de Cristo y de la fe, que lleve a las personas a transformar los valores y expectativas de vida” más allá de un conocimiento teológico o doctrinal y, la otra “una notoria pérdida del sentido de lo sagrado, lo cual lleva a la relativización de la fe”³⁶.

3. HABLAR CLARO

Hablar claro es un desafío. Se puede asociar al testimonio vivo de un “espíritu apostólico y misionero” que debe ser adecuado a los contextos geográficos, sociales, culturales, situado en la realidad, hecho por personas concretas: sacerdotes y agentes pastorales que dan testimonio en determinados territorios y situaciones³⁷.

Si bien se reconoce la necesidad de que todos puedan tomar la palabra, también se reconoce el temor a hablar, pues algunos de los que “hablan se convierten en víctimas por la incompreensión y el señalamiento (...) al final los hermanos audaces terminan siendo aislados”³⁸, pero también porque otros temen que su “opinión no sea tomada en cuenta o no sea valorada”³⁹. Respecto de los laicos, la pervivencia de antiguas prácticas de segregación calla a algunos por “las diferencias generacionales, económicas, pero sobre todo ideológicas y culturales, así como los conflictos del pasado debido a fanatismos religiosos, autoritarismos y despotismo clerical”⁴⁰. En los países que viven situaciones de tensiones políticas y sociales hay miedo a “hablar con libertad”⁴¹ sea por temor a acciones represivas, a perder el lugar donde se vive o el trabajo.

En cuanto al hablar con la sociedad se reconocen deudas por la polarización social y política a la que la iglesia no es ajena. “Las diferencias políticas que existen entre los miembros de la Iglesia y de estos con algunos sacerdotes, ha llevado a tensiones a lo interno de la Iglesia, porque a veces existe muy poca tolerancia a las opiniones de los demás”⁴².

Las síntesis reconocen lugares donde la palabra de los Obispos aún tiene fuerza, pero perciben que ese impacto es cada vez menor. Por otro lado, reconocen y po-

36 Costa Rica, p. 3 (ambas citas)

37 Cf. Honduras, p. 5-6

38 México, p. 5

39 Costa Rica, p. 3

40 México, p. 6

41 El Salvador, p. 3

42 Nicaragua, p. 3

nen alerta sobre el uso de las redes sociales donde aparecen mensajes que carecen de profundidad o seriedad. En este sentido se reflexiona que el lugar más adecuado “la red de comunicación más eficaz es y será siempre la familia en el ámbito social y la parroquia en el ámbito eclesial”⁴³.

La formación aparece como un elemento necesario para sacar la voz: “el tomar la palabra y hablar claro, muchas veces lo impiden los temores a equivocarse, pensando en que serán mal vistos, a no ser escuchados, la falta de seguridad, la falta de conocimiento y confianza para dirigirse al hermano”⁴⁴, a esto se agrega que a veces el diálogo se confunde con la confrontación. Por eso es necesario “potenciar una actitud eclesial más sencilla y humilde, más abierta, paciente, dispuesta a la escucha y a la acogida”⁴⁵.

Se trata de aprender a dialogar, de “mejorar los procesos de comunicación tanto internos como externos, de tal modo que éstos sean más eficaces”⁴⁶. En este sentido, las síntesis recogen que en ocasiones se “generó un dialogo abierto, donde se fueron superando los miedos a expresar lo que se pensaba, pues se pudo reconocer que todas las voces son importantes y que el Espíritu Santo habla también en la voz de las minorías, en los pobres y excluidos”⁴⁷.

A nivel de la estructura eclesial se requieren estrategias comunicacionales con mensajes claros y voceros definidos, poniendo atención en las redes sociales con un “uso adecuado y ético de estos medios (...) al servicio de una verdadera promoción” con “mensajes cortos, iluminadores y que se socialicen en la totalidad de nuestras comunidades”⁴⁸. Sin embargo, las redes no pueden ser la única herramienta pues se debe considerar a quienes no tienen acceso a ellas.

4. CELEBRACIÓN

La celebración de la Eucaristía es central como sacramento de unidad de la Iglesia, junto al cultivo de la espiritualidad y el discernimiento personal y eclesial. Especial relieve poseen las celebraciones de la palabra, eucarísticas y prácticas de piedad propios de una religiosidad popular, que nutren y ayudan a mantener viva la comu-

43 Costa Rica, p. 4

44 Nicaragua, p. 3

45 Panamá, p. 9

46 Costa Rica, p. 4

47 Panamá, p. 2

48 El Salvador, p. 3

nidad de los creyentes⁴⁹. Por eso, preocupa la percepción de una suerte de “consumo de sacramentos”, donde los fieles prefieren ir a las parroquias que se adecúan a la conveniencia de cada familia, en la que se detecta una falta de testimonio, de comunión y de responsabilidad”⁵⁰.

Se destaca la piedad popular por su poder de convocatoria que no se logra por otro medio y que, bien acompañada, puede ser “una excelente forma de caminar unidos, de manifestar públicamente la fe y de atraer a los alejados a la Iglesia. (...) están impulsadas por el mismo pueblo de Dios y porque la vinculación a la Iglesia de muchos bautizados pasa especialmente por el fenómeno de la religiosidad popular”⁵¹. Prácticas como el rezo del Rosario, la escucha orante de la Palabra de Dios, la adoración eucarística, se viven en distintos lugares y son queridos y valorados.

Respecto de la Eucaristía, hay conciencia de que “una Iglesia sin comunión no puede ser luz, signo e instrumento de la comunión trinitaria en el mundo”⁵². Por otra parte, “se percibe (...) una pérdida de valoración de ella entre la misma feligresía, quizás debida en parte al hecho que durante la pandemia las celebraciones fueron virtuales (on line) y de entonces a la fecha se valora la presencialidad comunitaria como no esencial para la celebración”⁵³.

Se plantea la necesidad de renovar la Eucaristía para que responda a las necesidades actuales de los fieles y, reconociendo el rol de los sacerdotes, se plantea también la de “cualificar las homilías (...), a fin de que sean de mayor profundidad y significativas para la vida, con mayor pertinencia al conectar la Palabra con la realidad y con la historia, de forma que se aproveche la oportunidad de hacer que la Palabra de Dios sea luz en el camino del Pueblo”⁵⁴.

Para los laicos se demanda catequesis pues “la celebración litúrgica de la Iglesia no es siempre bien comprendida”⁵⁵ y porque “en algunas ocasiones no se tiene claro si los laicos tienen una verdadera conciencia del compromiso cristiano en la Iglesia y en el mundo, que se debe asumir al celebrar y acceder a los sacramentos”⁵⁶.

49 El Salvador, p. 3

50 Panamá, p. 10

51 Panamá, p. 7

52 Costa Rica, p. 5

53 México, p. 6

54 México, p. 6

55 Costa Rica, p. 5

56 Costa Rica, p. 5

Asimismo se pide formación de laicos para “que puedan asumir el ministerio del lectorado”⁵⁷.

En varios países con presencia de culturas indígenas se celebra la Eucaristía y los sacramentos en el idioma propio, lo que se valora como un elemento importante de la inculturación de la fe, pero también se percibe una “apatía en la comunidad indígena para asistir a la eucaristía”⁵⁸. En esta línea surge la reflexión sobre los indígenas: “en un país con más de 7 millones de Indígenas nosotros, como Pastores de la Iglesia, tenemos todavía algunas dificultades para escuchar su voz, para comprender de verdad su propia religiosidad hecha vida, sin atropellar su sensibilidad y sus ricas manifestaciones culturales, tan llenas de signos y semillas del Verbo que debemos saber discernir y trabajar”⁵⁹.

5. COMPARTIR LA RESPONSABILIDAD DE NUESTRA MISIÓN COMÚN

Compartir la responsabilidad es una deuda: “la ‘teología bautismal’ que impulsó el Concilio Vaticano II, base de la corresponsabilidad en la misión, no ha sido suficientemente desarrollada (...) la mayoría de los bautizados no sienten una plena identificación con la Iglesia y menos corresponsabilidad misionera”⁶⁰; una consecuencia es que los pocos “‘laicos comprometidos’ en las parroquias (...) terminan siendo exigidos y sobrecargados de responsabilidades que los exceden y que los agotan”⁶¹. Abundando en esta línea, las síntesis señalan que en las diócesis hay “dificultades para ejercer a plenitud la corresponsabilidad, entre ellas: falta de identidad bautismal y de compromiso, pérdida de la propia espiritualidad, aunado al rechazo o regaño de algunos sacerdotes, quienes no permiten una participación más activa del laicado”⁶², así como indiferencia y falta de preparación.

Si bien la corresponsabilidad se funda en el bautismo, ser una Iglesia en salida requiere buena orgánica en las estructuras pastorales. Los agentes pastorales llaman con entusiasmo, pero la respuesta es débil. Hay factores que dificultan “la vida

57 Costa Rica, p. 5

58 Panamá, p. 3

59 México, p. 5

60 México, p. 7

61 México, p. 7

62 Costa Rica, p. 6

acelerada, el materialismo, el consumismo y la superficialidad impiden la corresponsabilidad eclesial”⁶³.

La exigencia de avanzar hacia una auténtica “Iglesia en salida misionera”, implica asumir los riesgos que esto conlleva, en muchos sacerdotes -y también laicos- queda la “sensación de que se hacen muchas cosas que no llevan a ninguna parte”⁶⁴, lo que genera desencanto con el proyecto misionero y, en esta línea, se demanda que lo específico de cada ministerio no reduzca la mirada sobre todo lo que se debe hacer; y que la búsqueda de novedad en la acción pastoral no vaya de la mano con una pérdida de profundidad en lo que se hace⁶⁵.

Finalmente, se señala que “como bautizados y como agentes de pastoral, estamos llamados a comprometernos en diseñar nuevos caminos de crecimiento humano y espiritual, para fomentar y garantizar en la Iglesia un verdadero camino de conversión, en la vida espiritual, pastoral y comunitaria”⁶⁶.

6. EL DIÁLOGO EN LA IGLESIA Y LA SOCIEDAD

Se manifiesta mayoritariamente que el diálogo con la sociedad es débil y que no es permanente ni sistemático. Esto se replicaría al interior de la Iglesia donde pareciera que el diálogo es más de forma que de fondo, se trataría de “un protocolo sin espíritu”⁶⁷.

Respecto al diálogo Iglesia y sociedad, se destaca el rol del laicado pues existe conciencia en él sobre su papel en la sociedad. “Es motivo de esperanza ver a hermanos laicos comprometidos en la defensa de la vida y la dignidad del ser humano, muchos que trabajan por el bien común y defienden las causas de los pobres y marginados por el sistema”⁶⁸. Asimismo, se valora que en este proceso, en algunos lugares se invitó a participar “a grupos ajenos a la Iglesia, que brindaron experiencias de escucha altamente valiosas. Miembros de partidos políticos, grupos culturales, sociales, educativos, gubernamentales y participaciones online, fueron escuchados, aportando voces e ideas ricas y variadas”⁶⁹.

63 El Salvador, p. 8

64 México, p. 7

65 Cf. México, p. 8

66 Honduras, p. 6

67 México, p. 8

68 Guatemala, p. 7

69 Panamá, p. 1

El diálogo con la sociedad se expresa también a través de distintos servicios concretos “a través de Caritas, de la Pastoral Penitenciaria, de la Pastoral de la Salud, de la Pastoral de la Movilidad Humana, de la Pastoral de la Ecología Integral, de la Pastoral Educativa”⁷⁰, que son algunas de un largo listado.

Como forma de avanzar en el diálogo social se señala que sería importante una mejor formación en temas como la participación de “laicos en política, lejanía de los jóvenes de la Iglesia, recursos hídricos y migración, crecimiento de las sectas y la desintegración familiar”⁷¹. En esa diversidad de temáticas se puede escuchar una petición de apoyo frente lo que se percibe como una “falta de identidad con respecto a la transformación de la realidad”⁷². Se trata de situaciones antiguas y nuevas que desafían frente a nuevas expresiones.

Se reconoce que hay diferencias según con quienes se conversa: hay encuentros de diálogo en distintas instancias pastorales y se aprecia que “poco a poco hemos ido creciendo en la cultura del encuentro y del diálogo”⁷³; escuelas y templos son buenos lugares para generar diálogo y la Iglesia lo han fomentado, pero son formas hacia el interior más que hacia fuera; e incluso al interior “la relación con otras comunidades parroquiales zonales y diocesanas es mínima, sólo cuando se participa en encuentros de fe a esos niveles”⁷⁴. Para superar esto se plantea la necesidad de un “acercamiento de los sacerdotes y agentes de pastoral con la comunidad (...) pues se nota que (en algunas comunidades) hay una fragmentación en los diferentes grupos por causas ideológicas”⁷⁵.

Con relación al diálogo hay una reflexión profunda sobre los pobres, destacando el valor de su participación, pero también sobre el rol de Iglesia pues la opción por los pobres no es asistencialista, sino que busca el reconocimiento de su dignidad como hijos de Dios: “el desarrollo humano de todos los hijos de Dios se convierte así en la tarea principal del testimonio evangelizador, velando por sus intereses y promoviendo el respeto a sus derechos”⁷⁶. Por ello, “es necesario potenciar la presencia de los cristianos en la vida pública y para ello hace falta brindar formación cristiana y dentro de ella, conocimiento de la Doctrina Social de la Iglesia”⁷⁷.

70 Honduras, p. 7-8

71 El Salvador, p. 5

72 Costa Rica, p. 7

73 Nicaragua, p. 5

74 Nicaragua, p. 4

75 Nicaragua, p. 5

76 Honduras, p. 8

77 Panamá, p. 10

7. ECUMENISMO

El ecumenismo no aparece como prioridad en ninguna de las síntesis. Si bien se reconocen experiencias de intercambio y colaboración con denominaciones cristianas, estas son esporádicas y en contextos de ayuda social. Entre los obstáculos existe una percepción de persecución “muchos de nuestros hermanos católicos sufren persecución por causa del fanatismo de algunas sectas que nos consideran enemigos”⁷⁸.

Solo un país manifiesta que “se practica el ecumenismo especialmente con fieles de las Iglesias Anglicana, Morava y Bautista, que se ve palpable el domingo de Ramos, Pentecostés y en otros días, en el que se congregan en algún lugar acordado para vivir la celebración”, asimismo “la Vida Consagrada que trabaja en la Pastoral Educativa, pues se tiene una amplia experiencia en el diálogo y trabajo en conjunto con personas de otras tradiciones y confesiones cristianas”⁷⁹.

Como gran dificultad para avanzar en el camino ecuménico se señala la falta de formación “para la aceptación de otras denominaciones religiosas” prevaleciendo las “reservas para organizar encuentros ecuménicos y hasta un falso temor”⁸⁰. Otro obstáculo percibido es el “recelo de parte de las denominaciones protestantes hacia la Iglesia católica, debido al desconocimiento de toda la doctrina de la Iglesia, y por otro lado ellos, a veces son ofensivos en cuanto a la fe católica se refiere y no se prestan para dialogar”⁸¹. Es decir, la mirada del temor es desde ambos actores.

Para que se viva el ecumenismo se proponen varios caminos a trabajar: la unidad dentro de la propia Iglesia; la preparación y disposición al diálogo; la madurez humana y cristiana para con los que tienen otra fe; y develar los prejuicios que deben superarse para caminar juntos: “nos hace falta incluso conocer mejor nuestra propia fe para valorar la fe de los demás”⁸².

8. AUTORIDAD Y PARTICIPACIÓN

Las síntesis reconocen que la Iglesia “tiene una estructura definida no para impedir sino para favorecer la comunión” en la cual la autoridad es un servicio al Pueblo de Dios expresado en las figuras del Obispo y los sacerdotes, cuyo rol es valorado

78 El Salvador, p. 5

79 Cf. Nicaragua, p. 10

80 México, p. 9

81 Nicaragua, p. 6

82 El Salvador, p. 5

y querido. Sin embargo, también se escuchan voces que “manifiestan que hay imposición de parte de sus párrocos. Resulta evidente que debemos evitar actitudes autoritarias que alimentan el clericalismo que mucho daño nos ha hecho”⁸³.

El rol de los obispos es relevante para “caminar en participación y diálogo, como ciudadanos con derechos, para cambiar la forma de ejercer el servicio de la autoridad a todos los niveles, así como en todos los espacios de la vida”⁸⁴. En este sentido se valoran las visitas canónicas como “espacios efectivos de escucha, momentos en los que el Obispo ejerce de forma especial su ministerio”⁸⁵. Se valora la figura del pastor que “escucha especialmente a los laicos de las comunidades y a las personas que se han alejado⁸⁶” y, frente a este modelo de pastor que escucha, se opone el reclamo “de que muchos pastores son autoritarios, poco tolerantes, falta cercanía” y de que la autoridad ejercida por líderes de movimientos y asociaciones de diversa índole, no es vista ni vivida como un servicio humilde a la comunidad”⁸⁷.

En el eje del cómo, dónde y quiénes toman las decisiones, emerge con más fuerza la tensión de las prácticas autoritarias y del clericalismo como problema. Si bien se valora profundamente el rol del sacerdote, se señala que en su ejercicio “existe mucho clericalismo y autoritarismo, un inadecuado ejercicio del poder, dominación e incluso todo tipo de abuso; ello limita la participación de los laicos”⁸⁸. Sin embargo, este autoritarismo se visualiza “también de parte de los mismos laicos”⁸⁹. Así, “la tentación de clericalización de los laicos y el temor (...) de los clérigos a que los laicos asuman su compromiso”⁹⁰. Este fenómeno presenta aristas que se interrelacionan: por una parte, como un modo de ejercicio del poder que genera abusos y limita la participación; por otra, como una actitud de los fieles que sostienen esa autoridad y no participan; y una tercera, como el ejercicio del poder transmitido a un grupo de laicos⁹¹.

Como causa del clericalismo se apunta a que los clérigos no han sido formados “para ser abiertos y dialogantes con el mundo. [hay] algunas costumbres precon-

83 Cf. Salvador, p. 6

84 México, p. 10

85 Nicaragua, p. 7

86 Guatemala, p. 6

87 Guatemala, p. 5

88 Costa Rica, p. 8

89 México, p. 9

90 Nicaragua, p. 7

91 Nombrado en ocasiones como “clericalismo laical”

ciliares autoritarias, todavía hoy presentes”⁹². Frente al clericalismo, aparece un “‘anticlericalismo social, cultural y político’ pernicioso, que relega la acción de la jerarquía católica al Templo y al fuero interno de las personas”⁹³.

Para romper el círculo del autoritarismo se levanta el aprendizaje del discernimiento en sinodalidad: “El discernimiento nos indica que debemos integrar a más fieles en instancias consultivas, de discernimiento y deliberativas”⁹⁴. Desde los distintos roles, laicos y sacerdotes deben escuchar y discernir, por ejemplo, como trabajar “contra la tentación de superioridad en algunos ministerios eclesiales”⁹⁵. En estos espacios destaca la presencia del testimonio silencioso de las mujeres, “abuelas, madres, trabajadoras, que han sostenido la fe en las familias, en las comunidades con su testimonio silencioso, pero efectivo”⁹⁶.

En relación con este tema, las palabras que más surgen son *involucrar, integrar, delegar*. Conjuguar estos verbos requiere de un liderazgo activo: “los pastores deben trabajar bajo un liderazgo integrador, que ofrezca y delegue responsabilidades en su equipo”⁹⁷. Y nuevamente se menciona el aporte de las mujeres “se requiere un protagonismo mayor y más eficaz de los laicos en las responsabilidades parroquiales, involucrando a las mujeres en la toma de decisiones”⁹⁸.

Gracias al proceso de escucha se llega a comprender que “si los laicos comprometidos piden mayor participación y compromiso en la comunidad eclesial, esto significa que hemos de replantearnos nuestro modo de ser Iglesia, propiciando y fomentando la escucha recíproca, ya que la renovación no es sólo para el discípulo, sino también para las estructuras eclesiales”⁹⁹. Es por tanto, “motivo de optimismo ver a tantos laicos comprometidos en la Iglesia (...). En todas las parroquias se encuentran hermanas y hermanos perseverantes, niños, jóvenes, adultos, ancianos, matrimonios, que en medio de sus ocupaciones tienen tiempo para servir”¹⁰⁰.

La transparencia en la toma de decisiones es en sí un testimonio. Los aportes sinodales sugieren crear un nuevo modelo de participación y gobierno donde quede

92 México, p. 8

93 México, p. 10

94 El Salvador, p. 6

95 Nicaragua, p. 8

96 Guatemala, p. 2

97 Costa Rica, p. 8

98 Costa Rica, p. 9

99 Honduras, p. 6

100 Guatemala, p. 7

más patente que la autoridad se basa y desarrolla en el servicio; que se potencien y “sinodalicen” los consejos y órganos parroquiales, zonales y diocesanos¹⁰¹.

9. DISCERNIR Y DECIDIR

Existe conciencia de que discernir y decidir son tareas diferentes y complementarias pero “aunque existen experiencias positivas con los consejos, participación abierta en la toma de decisiones en las comunidades mediante las asambleas parroquiales, diocesanas y otros espacios, constatamos que las decisiones las toman unos pocos, sin tomar en cuenta la opinión de la mayoría”¹⁰².

Se suele definir el discernimiento como sinónimo de diálogo, escucha y consulta. Discernir y decidir significa construir espacios de transparencia, un etapa para ello pueden ser las consultas, pero “no son pocos los que se quedan decepcionados de que los resultados se quedan en papeles”¹⁰³.

Se comprende que el discernimiento se nutre del “vivir en la “libertad de los hijos de Dios” y que lo impiden las actitudes autoritarias o moralistas”¹⁰⁴, también se tiene claridad de que requiere tiempo, pero que si no se transforma en decisiones corre el riesgo de generar “estancamiento y desencanto”¹⁰⁵. Esta dinámica pone en evidencia la brecha en la toma de decisiones porque ésta “queda, todavía, en las solas manos de la jerarquía, por lo que se hacen a un lado a sacerdotes, religiosas y laicos” -apareciendo una noción de jerarquía más restringido- por lo que “no debe causar sorpresa que todos ellos no se sientan tomados en cuenta”¹⁰⁶.

Se reiteran, en consonancia con apartados anteriores la necesidad de formación para *trabajar en sinodalidad*, con solicitudes más específicas:

- Diseñar modelos de decisión que permitan la escucha, participación y compromiso de todos y que lleven a tomar elecciones y decisiones según la inspiración del Espíritu Santo.
- Aprender a escuchar en clave de interculturalidad, en particular a los grupos originarios, afrodescendientes, otros grupos culturales; pero también

101 Panamá, p. 11

102 Costa Rica, p. 9

103 El Salvador, p. 7

104 México, p. 10

105 Costa Rica, p. 9

106 México, p. 10

a familias que se enfrentan a situaciones de vulnerabilidad, a los jóvenes y los niños, a los que piensan diferente,

- Propiciar una cultura del cuidado que exige “trabajar, entre todos, para generar una cultura del cuidado que impregne nuestras formas de relacionarnos, de orar, de pensar, de vivir la autoridad, nuestras costumbres, lenguajes, nuestra relación con el poder y el dinero”¹⁰⁷,
- Potenciar un auténtico proceso de transparencia y rendición de cuentas, pues “las bondades de la transparencia y la rendición de cuentas (...) ayudan a corregir las malas prácticas”¹⁰⁸.
- Potenciar a los Consejos Pastorales Diocesanos y parroquiales con capacidad de decisión, y fomentar los consejos económicos, las asambleas parroquiales y otras formas de comunidad.

Finalmente emerge una solicitud que sugiere, para una iglesia más sinodal, “que cuando se va a hacer la elección de un obispo o párroco, se consulte al Pueblo de Dios sobre el perfil que se requiere”¹⁰⁹.

10. FORMARNOS EN LA SINODALIDAD

Se constata que la formación en la sinodalidad incluye temas específicos y transversales pues es “una manera nueva de ver y analizar la realidad, una nueva manera de concebir y ejercer la autoridad, una nueva manera de ser Iglesia, una nueva manera de relación interpersonal, una nueva manera de tomar las decisiones. Una nueva manera de servir”¹¹⁰.

Por un lado, es necesario revisar planes y metodologías a la luz de lo que ayude al diálogo a todo el pueblo de Dios: “una formación que les permita conocer más profundamente la eclesiología de comunión, que encontramos plasmada en el Concilio Vaticano II y desarrollada en los documentos del Magisterio de la Iglesia posteriores al Concilio”¹¹¹.

Un segundo elemento es que, reconociendo múltiples maneras de formar, “hace falta más involucramiento y compromiso de los fieles, lo que implica más esfuer-

107 Panamá, p. 13

108 México, p. 10

109 Panamá, p. 12

110 Nicaragua, p. 10

111 Honduras, p. 10

zos de motivación” para lograr mayores niveles de participación. Un adecuado proceso formativo que incorpore a todos es una tarea que precisa “dejar de lado la improvisación, falta de planificación y programación”, generando espacios sistemáticos, pero también más atractivos y acordes a la sinodalidad.

Un tercer elemento es potenciar los lugares existentes “como reuniones del Clero, Consejos Parroquiales, asambleas parroquiales y diocesanas son espacios de intercambio de opiniones y escucha, hay que formar en estos espacios sobre liderazgo, discernimiento y sinodalidad”¹¹².

Como cuarto elemento destaca que “si evangelizamos desde la familia, el resultado será más favorable para la conversión de todos”, lo que desafía a una renovada pastoral familiar¹¹³.

Para caminar juntos es necesario dar cabida a preguntas y cuestionamientos; clarificando las funciones del clero y de los laicos; formando desde los seminarios para un ejercicio sinodal del sacramento del orden; y reconociendo a los laicos en corresponsabilidad y participación.

112 Nicaragua, p. 8

113 Honduras, p. 9

